

LA FACULTAD DE MEDICINA Y EL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE HIPOLITO UNANUE

OSWALDO HERCELLES.

Al cumplirse doscientos años del nacimiento de Hipólito Unánue, la Facultad de Medicina renueva al pie del bronce que perenniza su memoria los sentimientos de la admiración cálida y de la gratitud fervorosa que en todo tiempo suscitó en ella la ínclita personalidad del Padre de la Medicina Peruana, Fundador de esta Escuela Médica y Prócer de la Independencia Nacional. El trascurso de dos siglos, sirve para dar grandiosa perspectiva a su figura excelsa que se levanta en la penumbra colonial para rasgar los horizontes del tiempo, proyectando sobre el futuro la luz germinadora de trascendental renovación. Ella señala el término de una era del saber y de los derechos humanos para abrir el generoso pórtico de una nueva concepción científica y social, bajo los más avanzados principios que entonces conmovían al espíritu europeo y que sólo percibían en América las inteligencias más perspicaces y las almas más sensitivas. En un momento dado, él cifra todo lo más alto y más puro de la consciencia naciente del país: el acervo de la ciencia positiva, experimental y metódica; la amplitud de la cultura filosófica y literaria; la curiosidad amorosa por la naturaleza; el ansia de reformas para superar las estructuras vigentes; la inquietud por las nuevas generaciones cuya docencia asume; la responsabilidad ante los acontecimientos decisivos que le toca vivir; las bases espirituales que extiende para el desarrollo de la flamante República; el llamado urgente de la tarea práctica, fuera del trabajo especulativo, en la lucha áspera de cada hora, para alcanzar bienes tangibles, que los intelectuales puros nunca pueden gustar. Su maravilloso equilibrio de pensamiento y acción, enriqueciendo ambos campos con la nobleza de selectos resultados, parece expresar mejor que nada el carácter profundo y germinal de su genio.

Nació Unánue en la ciudad San Marcos de Arica, en territorio hoy día segregado del cuerpo de la República, pero que continúa espiritualmente incorporado a ella por su significación histórica, un día como hoy, el 13 de agosto de 1755. La población era cabeza de Corregimiento, con numerosos vecinos españoles y criollos, sede de instituciones oficiales, monasterios y agencias de comercio. En la amplísima rada cargaban las flotas de galeones los metales preciosos del Alto Perú. Un esforzado naviero vizcaíno, don Antonio Unánue y una dama ariqueña, doña Manuela Pavón, fueron sus padres. Aquella familia, próspera al principio, sufrió en un naufragio la pérdida del barco de cabotaje que era su sustento económico, por lo que la niñez de Unánue transcurrió en la pobreza. Su primera experiencia humana, no poco aleccionadora fué por eso la estrechez y el sufrimiento. "Tal vez debamos los peruanos regocijarnos —dice Hermilio Valdizan en su magnífica biografía— de aquella familiar desventura que venía a poner su nota de infortunio en el hogar de Unánue; porque es en esa escuela donde suelen educarse las grandes energías triunfadoras; porque, en nuestra historia, como en la de todos los pueblos, es en la fragua del dolor donde forjan el acero de la aptitud de lucha y de victoria aquellos hombres excepcionales, oportunamente suscitados por la vida, para guiar a las nacionalidades".

Hizo sus primeros estudios en Arica, distinguiéndose tanto que siendo todavía niño, fué ayudado para que siguiera cursos secundarios en Arequipa. En el Seminario de dicha ciudad asimiló aquellos fundamentos de las Humanidades, Gramática Latina, Filosofía y Literatura Clásica, que son características en su formación cultural. Parecía decidido a abrazar la carrera eclesiástica cuando emprendió viaje a Lima hacia 1780. Una influencia superior se ejercita entonces oportunamente sobre su alma. Fué la de Fray Pedro Pavón, figura destacada en la vida intelectual de la metrópoli, hermano de su madre, quien había desempeñado en San Marcos la cátedra de Anatomía. Poniendo en su sobrino la atención que le inspiraban los lazos de la sangre y el vuelo de su talento, el Padre Pavón descubrió en el entusiasta joven ariqueño su vocación naturalista. Aunque entonces solamente dos carreras parecían atraer a los jóvenes, la eclesiástica y la militar, supo guiar a aquella inteligencia inexperta hacia las regiones del espíritu en que más podía brillar su privilegiada capacidad de análisis y su inclinación hacia los fenómenos físicos y biológicos. De este modo, Unánue escoge el camino de la ciencia e inicia con desbordante fé la carrera de Medicina. Al mismo tiempo se conecta con el medio intelectual y

social de Lima. Su apariencia física, sus maneras señoriales, su conversación afable e ilustrada, le atraen simpatías. Es alto, pálido, de cabello negro y ojos claros. Sabe escuchar atentamente y comentar con acierto y discreción. No se limita a los conocimientos de las cuatro cátedras de que entonces constaban los estudios médicos, sino que lee libros europeos sobre filosofía y ciencias. Sus maestros y la aristocracia culta de la época comienzan a apreciarlo. Una importante y rica familia de Lima, lo escoge como preceptor de su joven vástago don Antonio Landaburu y Belzunce. Gracias a este contacto, conoce a la aristocracia y frecuenta los salones elegantes. Al recibirse de Médico hacia 1785, ya no es el desconocido provinciano sino el brillante profesional que tiene muy pronto una escogida clientela. Se dedica a ella con vivo interés sin descuidar sus estudios libres, particularmente sus lecturas de los enciclopedistas franceses: Rousseau, Diderot, D'Alambert. Le seducen la filosofía de Descartes y el doctrinarismo de Buffon. Participa en las reuniones intelectuales que años más tarde van a producir el esplendoroso movimiento de la Sociedad "Amantes del País".

Convocado el concurso para la provisión de la cátedra de Anatomía, en 1789, lo gana Unánue, en estrecha competencia con Miguel Tafur. Este reconoció el triunfo de Unánue y, grandes figuras médicas los dos, mantuvieron fraternal amistad por el resto de sus vidas. El maestro de la ciencia de Vesalio despierta desde el primer momento el entusiasmo en torno al arte de la disección, implantando el verdadero rigor científico en la base de las ciencias médicas, pero su enseñanza se resiente de no poseer un lugar apropiado con los medios de que se disponen por entonces en las Universidades europeas. Conoce especialmente el sistema de la Facultad de Medicina de Halle. Lucha incesantemente porque se establezca en el Perú. Interesa favorablemente en el asunto al Virrey Gil de Taboada y Lemos y venciendo grandes dificultades, da cima a la obra, y la inaugura en el Hospital de San Andrés el 21 de noviembre de 1792. Tiene por fin el escenario amplio y digno para las exhibiciones, disertaciones y trabajos, la sede augusta desde donde comenzará la verdadera enseñanza médica en el Perú. El Virrey y la Universidad concurren con todo el esplendor de la pompa colonial a la solemne ceremonia del estreno del local. Unánue pronuncia en esa ocasión una memorable pieza académica, obra maestra de sabiduría y elegancia, llena de hondura conceptual, audacia y visión profética de los destinos del País. Justamente llama su Discurso "Decadencia y Restauración del Perú" porque no se limita al problema puramente técnico de la enseñanza de la Anatomía y de las ventajas que iba a

proporcionar el nuevo Anfiteatro. Desarrolla las ideas científicas pertinentes al asunto, conforme a los tratadistas y a las corrientes más modernas para su tiempo; pero avanza mucho más, hacia las altas esferas de la moral y el bien público, conectando la medicina con los intereses colectivos y dándole una función rectora de las relaciones humanas. Los principios que sustenta son los actuales que inspiran a los movimientos de la Medicina Social y la Medicina Preventiva de nuestros días. Con verdadera emoción patriótica y el trazo firme de un estadista, describe valerosamente, ante el representante de la Corona, el cuadro desolador que presentaba la población del Perú a fines del siglo XVIII, diezmada por incontroladas epidemias, deprimida bajo el peso de enfermedades del trabajo en las minas y por la ignorancia de la higiene en los campos y ciudades, en contraste con las multitudes rebosantes y saludables del Incario, bajo el régimen paternal de la organización pre-colombina. Sostiene la necesidad de una urgente repoblación sobre las bases de una política médica dinámica y generosa que se extienda sobre todo el territorio nacional. La placa que hoy colocamos como permanente homenaje a su progresista ideario y sus avanzadas realizaciones, ostenta una cláusula de su Discurso del Anfiteatro, la que resume mejor su elevado humanitarismo y democrática concepción de la ciencia médica. Las luminosas palabras que la forman y que desde hoy pasan a la eternidad del bronce son las siguientes: "La verdadera piedad, gloria y honor, consisten en mirar por la salud del pueblo, posponiendo a ella las inclinaciones y las utilidades propias". Esta placa se coloca al pie del bronce que con tanta nobleza interpreta la elevación de su espíritu. La hermosa estatua coronaba el Mausoleo dedicado a su memoria en el Cementerio General de Lima y en 1951, al celebrarse el Cuarto Centenario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, bajo el Rectorado del doctor Pedro Dulanto, se trasladó a este patio de honor, desde donde preside los destinos de la Facultad de Medicina. Ya en 1927 se habían depositado sus restos en el Panteón de los Próceres, con ocasión de celebrarse en Lima la Octava Conferencia Sanitaria Panamericana, por iniciativa del eminente maestro de esta Facultad doctor Carlos Enrique Paz Soldán, Presidente de dicho certamen. El doctor Paz Soldán es el principal gestor del interés que en la época contemporánea se ha despertado en el Perú por el perfil glorioso de Unánue, tras una incesante labor de investigación y de difusión que abarca cuarenta años. Hacia 1915, cuando comienza a revelar la obra del Padre de nuestra Medicina, a precisar su verdadera dimensión y su hondo significado nacio-

nal, muy poco se había profundizado sobre él. No sólo le dedica substanciosos y originales trabajos que honran a nuestra historia médica, sino que obtiene, mediante activas gestiones, que su busto sea erigido en el Hall de la Unión Panamericana de Washington, como representativo del Perú, en la galería de próceres continentales, exalta su figura en el Tercer Congreso Científico Panamericano proclamándolo Padre de la Medicina Americana, y edita en 1940 la quinta edición del "Clima de Lima", la más divulgada y explicada por el valioso prólogo que la antecede. Después de oír su Discurso de Orden esta mañana podemos apreciar hasta donde llega su erudición y su devoto fervor por personalidad tan insigne.

El Anfiteatro de San Andrés fué el centro de la renovación médica y quirúrgica de la época. Unánue organizó en él las memorables "Conferencias Clínicas" que contaron con la participación de los notables facultativos Valdés, Villalobos, Vergara, y Puente. Ellas despiertan el entusiasmo juvenil y van preparando el terreno para la ejecución de la idea que desde 1792 ha planteado el extraordinario pedagogo: El Colegio de Medicina y Cirugía de San Fernando. Con insistencia discreta pero indismayable aprovecha su prestigio y su influencia cerca de los Virreyes Taboada y Lemos, O'Higgins y Abascal para llevar adelante su proyecto. Tiene que vencer innumerables resistencias y escasez de fondos, hasta que al fin, gracias al decidido apoyo de Abascal, reúne el dinero necesario con el concurso general, se aprueban los planos de Matías Maestro y se da fin al edificio en un lugar estratégico de la ciudad, cerca de los Hospitales de Santa Ana, San Bartolomé y San Andrés, donde se imparte la enseñanza clínica. El nuevo Colegio se configura de acuerdo con el "Cuadro Sinóptico" de 13 de agosto de 1808, en lo que respecta a su Plan de Estudios y su local se inaugura tres años más tarde, en 1811. La República, reconociendo el brillante aporte de maestros y estudiantes a la causa emancipadora, lo designa con el honroso nombre de Colegio de la Independencia. El se prolonga, mediante el espíritu de Hipólito Unánue, que sabe recoger y enriquecer el talento creador de Cayetano Heredia, ejemplar Decano Fundador, en la Facultad de Medicina, establecida el 9 de setiembre de 1856. Unánue renuncia a la clientela particular y se consagra por completo a la docencia universitaria. Llama a los más selectos maestros, algunos de los cuales eran sus rivales, reconociendo el mérito de todos, elabora un adelantado plan de estudios que es elogiado en España y comienza a otrendar al País, por primera vez, promociones de médicos científicamente preparados en su profesión y con sen-

sibilidad humana y patriótica que los lleva a figurar luego, a gran altura, en los gloriosos acontecimientos de la emancipación política que se avecina. Hacia 1816, ya sexagenario, se retira al descanso de su propiedad agrícola en el valle de Cañete, sin pensar que los sucesos de la Revolución iban a arrancarlo de la paz eglógica a que se había refugiado para ponerlo al servicio de la causa nacional y hacerlo Padre de la República como había sido Padre de la Medicina Peruana.

Hombre moderado y apacible, al principio concibe la esperanza, según la autorizada opinión de Riva Agüero, de obtener la autonomía política por medio de una amistosa transacción con España, y como tal acepta la representación de Pezuela en las Conferencias de Miraflores; pero después se convence de que la conciliación es imposible y se pone al servicio del partido de la Revolución que representa San Martín. Esta decisión, cuando se encuentra en Lima, dentro de la ciudad ocupada todavía por las fuerzas españolas, lo expone a riesgos ante el poder virreynal y representa su valor civil. Proclamada la independencia, San Martín lo llama a ocupar el Ministerio de Hacienda que lo era también de Instrucción. Lo desempeña en las circunstancias más difíciles, creando las finanzas de la nueva República, haciendo frente a los gastos del servicio civil y de la guerra que se prolonga por años. Su política hacendaria de severas economías, fomento del crédito y estímulo a la producción, aunque recurre a inevitables empréstitos, dentro de la angustia de la hora, se considera un acierto técnico, fruto de su conocimiento de las escuelas económicas por entonces en boga y de su equilibrada discreción y experiencia. En su calidad de Representante por Puno toma parte en el Primer Congreso Constituyente, cuya presidencia desempeña, participando en sus históricos debates y en la redacción de la Carta de 1823. Forma parte del grupo nacionalista que no desea mayor intervención extranjera, pero convencido de que es indispensable esa ayuda para salvar la obra de la emancipación, colabora lealmente con Bolívar. Este le encomienda nuevamente el Ministerio de Hacienda e Instrucción Pública desde donde alienta, con nuevo fervor, la obra de redención cultural del pueblo peruano. Igual fe que en la regeneración física de la población por medio de la enseñanza. Consideraba que los estragos de la ignorancia determinaban no solo el general atraso sino las discordias sangrientas puesto que la cultura concierta y unifica las almas. Difundió la educación primaria poniendo interés particular en el método lancasteriano y en las bibliotecas públicas. Terminado el período fulgurante de Bolívar, se retira por segunda vez en 1827 a sus tierras de Cañete,

renunciando al sueldo que le otorgó el Congreso, dándose por satisfecho con su título de Benemérito de la Patria, y no regresa a la Capital sino para morir serenamente el 15 de julio de 1833.

La personalidad de Unánue es rica en facetas como un prodigioso diamante. Casi me he reducido a señalar los principales rasgos de la obra del organizador de la enseñanza médica y la del Prócer, fundador de la República. Es imposible, sin embargo, dejar de mencionar algunas otras de las brillantes modalidades de su genio. El humanista, de profunda formación filosófica y literaria, desenvuelve un sistema y fomenta una atmósfera intelectual en el Perú. Escribe con impecable precisión y elegancia, utilizando el caudal de sus conocimientos estéticos para ennoblecer el estilo sin hacerlo caer en la frondosa retórica del período anterior. Como Secretario de la Sociedad Amantes del País, agita las inteligencias, suscitando el interés por los estudios nacionalistas, contribuyendo a la admirable sucesión de trabajos de esta índole que ornamentan las páginas del "Mercurio Peruano". El mismo analiza los tesoros de nuestra naturaleza como la coca o el tabaco; la grandiosidad melancólica de las ruinas de nuestra prehistoria; o las esencias de lo criollo en la obra satírica de Caviedes. Conocedor de los principios de Newton, de Lavoisier, de Linneo y de los sistemas experimentales, es la autoridad científica del Virreynato, el Cosmógrafo y el Protomédico, a quien visitan con respeto y consultan los más ilustres viajeros de la época. En la República es el Patriarca de la Libertad, creador junto con Bolívar, cuyo Decreto refrenda, de la definitiva bandera nacional, la que parece flamear en sus manos todavía y signo augusto de la cultura del Perú, al mismo tiempo universal y enraizada en las profundidades de su historia y de su suelo.

Tal, señores, el humilde origen y tal la extraordinaria grandeza que alcanzó el hombre cuyo segundo centenario celebramos y en quien la nacionalidad reconoce uno de sus símbolos más puros y más altos.



Monumento a Hipólito Unanue en el Parque Universitario de Lima, frente al local central de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.